

Un anhelo perenne

Pablo Thigpen

Yo encontré al Señor, o mejor dicho, el Señor me había encontrado a mí. En momentos de tranquilidad, sentía un anhelo que me estremecía cuando escuchaba una grabación de canto gregoriano o el "Ave María" de Schubert. Me conmoví también cuando visité las grandes catedrales de Europa.

Leí *Confesiones* de San Agustín, *El Diálogo* de Catalina, y *la Noche oscura* de San Juan *del Alma*. Estos eran más que los libros, eran puertas de entrada que facilitaban la comunión con los que los habían escrito.

Cuando me arrodillaba en los santuarios de las iglesias católicas, me sentí atraído por el sagrario y el altar. Y a veces lloraba al mirarlo colgado. ¡Después de tantos años, seguía con los brazos abiertos para acogerme! Pero mi mente se rebelaba ante tal atracción. Recordaba: "Eso es sólo para católicos".

En consecuencia vagué de una denominación protestante a otra: presbiterianos, bautistas, metodistas, episcopalianos, pentecostales, independientes carismático. Cada una me enseñó lecciones importantes en el caminar con Dios. Pero tenía que admitir que no me sentía en casa.

La manera de pensar como protestante estaba profundamente arraigada en mi mente. El legado de Voltaire y la Ilustración de habían adentrado en mi ser más de lo que yo creía. Mi corazón y mi cabeza se enfrentaban una vez más. Varias experiencias me convencieron de que Dios mezcla lo humano con lo divino, lo natural con lo sobrenatural, lo ordinario con lo misterioso. Dios sabía que yo lo necesitaba. Así que me puso en un programa para obtener el doctorado en teología histórica, donde encontraría los mapas de los que habían hecho el viaje antes.

Los nombres de los cartógrafos eran: San Agustín, el Cardenal John Newman, GK Chesterton, Thomas Merton, y muchos otros. La contribución de San Agustín me tomó por sorpresa. Me di cuenta de que yo era un donatista moderno - y él me estaba retando por estar separado de Roma.

Uno por uno, cada pregunta que tenía sobre la fe católica obtenía su respuesta. Al mismo tiempo, comencé a superar los filtros de protestantes a través de los cuales se leen las Escrituras. Ya no podía insistir en apegarme al sentido literal del texto bíblico pero interpretar las palabras de Jesús acerca de su Cuerpo y su Sangre, para volver al "sentido figurado". Tampoco podía ignorar su anuncio claro de que iba a construir su Iglesia sobre Pedro y a él le daría las llaves del reino. Encontré piedras en mi camino: monjes que hablaba como los budistas y monjas empoderadas por el culto a una diosa pagana. Reconocí que cualquier problema que tiene la Iglesia no es exclusivo sino universalmente humano.

En Juan Pablo II, yo veía el heroísmo de la Iglesia en Europa del Este y signos de la gracia de Dios. Al mismo tiempo, vi cómo Roma continúa siendo el centro de gravedad espiritual para las iglesias que se han separado de ella.

Las más antiguas denominaciones protestantes han sucumbido al espíritu de la época en todos los problemas que han surgido, y la Iglesia Católica se ha mantenido firme. Hoy como ayer, *Veritatis Splendor* - el esplendor de la verdad, como el Santo Padre ha llamado tan acertadamente - resplandece de Roma. La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron.

Erasmus y Newman me enseñaron que la Iglesia es un organismo que madura, cuya vida útil se extiende a través de los siglos. Ellos me desafiaron a no defender la noción protestante de que deberíamos de desear más el embrión en el organismo maduro; habiendo estudiado Historia de la Iglesia, me encontré que tal defensa era imposible.

Cuando estudié la historia de la liturgia judía y cristiana, me di cuenta de que aún si pudiéramos volver a la experiencia cristiana "primitiva", esa experiencia no se parecería a la mayoría de las iglesias protestantes. Descubrí que la Iglesia primitiva, era litúrgica en el culto; trans-locales y jerárquica en su gobierno, y dependiente de un núcleo de Tradición, que incluía las Escrituras, pero se extendía mucho más allá también.

En resumen, todas las carreteras y caminos anudados de la historia de la Iglesia, llegan, al final a la ciudad de las siete colinas. Cuando terminé mis exámenes de doctorado, yo sabía que tenía que entrar en la Iglesia Católica. Mi corazón y mi mente ya eran católicos; si rechazaba a Roma, andaría sediento el resto de mis días.

Tomado del libro: Patrick Madrid, *Asombrado por la verdad*, Basilica Press, Estados Unidos, 2003.

RESUMEN ELABORADO POR REBECA REYNAUD.